

La violencia en Magallanes

Después de quedar impávido viendo las escenas de la batalla campal librada en un campo deportivo, no he podido dejar de reflexionar sobre las razones que llevan al ser humano a actuar así. La naturaleza del odio nace de lo más profundo del alma, cuando hay desesperanza, desilusión, amargura y al hecho de comparar la realidad en que se vive con lo ideal que se presenta en los medios de comunicación.

En Magallanes tuvimos escenas de gran amargura en la época de nuestra ciudad – presidio, donde no sólo los condenados eran los que fueron asentados a cumplir sus condenas, sino también al numeroso contingente militar que se le destinó no para mejorar sus remuneraciones, pues las asignaciones de aislamiento no existían, sino como cumplimiento de sanciones administrativas de sus respectivos regimientos.

Si. En el principio los que llegaron tenían una condición común: No llegaron a Magallanes porque ellos quisieran. Era la autoridad central, judicial y administrativa la que dispuso que este sea un territorio correccional, donde la sociedad de la zona central se privaba de tener cerca a criminales y tenía la certeza de que no habrían de arrancarse y regresar. La distancia inconmensurable hacía esto imposible: La pampa, los indios y bandoleros de la Patagonia los consumirían y si lograban traspasar la cordillera, habrían aprendido una regla de vida inolvidable.

El desapego de respeto de toda norma social, incluso de la mínima misericordia hacia los que padecieron de sus tropelías, es la cima de la condición humana más vil. Saber que nada ni nadie podía detenerlos, que sus actos sancionados con la muerte serían difíciles de castigar, que los años de castigo, sus guardadores o incluso la naturaleza serían el más fiero y eficiente verdugo, les llevó al mínimo del razonamiento, igual que en el estadio aquel día. ¿Qué importaba mostrarse a cara descubierta si nadie lo habrá de delatar? ¿Si aunque los sorprendan, capturen y sometan a juicio, igual habrán de salir en libertad?

Lo que padeció nuestra sorprendida sociedad este pasado fin de semana es el augurio de un proceso cada vez más radicalizado producto de la pérdida de autoridad, de la turba embravecida cual película de zombis que no razona y que se cree inmortal e invencible. Los que nacimos en la época en que una simple mirada o un gesto del padre o madre era suficiente como para lograr el más completo silencio, no entendemos a esos pequeños zombis que día a día vamos criando y que, sumados a otros transformarán a su sociedad en una más indolente, más intolerable, más agresiva.

Los derechos son para aquellos que saben cumplir con sus obligaciones. Creo que nuestra humanidad ha cedido terreno a aquellos que dicen tener derechos y que los ejercen sin contemplación del que legítimamente detentan los demás. Cómo bien decimos, vamos cayendo por un despeñadero y deberemos ocultarnos en nuestras casas o en los bosques, como lo hicieron nuestros antepasados ante la sed de violencia desatada, esperando la actuación del Estado Protector.